

ta
i-

LA CRUZ DE TEPIC

LA CRUZ DE TEPIC

I

Principiaba el mes de julio, y una hebdómada contábamos en Santiago Ixcuintla de diarias tormentas que duraban ocho y diez horas. Llovía tardes y noches. La vegetación renovaba sus esplendores; abrotoñaban lletas y serpollos, y reverdeceía lujuriosamente. Junto al caserío se destacaba El Calvario herboso y brillante, y el río había llenado su anchurosa cuenca, y aun revertido, convirtiendo en peligrosa laguna la hondonada de El Aguacaliente, por donde va el camino de Tepic. Para atravesarla nosotros, fué preciso que un mozo se echase al agua en busca de la canoa que, al comenzar las lluvias, es atada por ahí á algún árbol, y que los pasajeros tienen que tomar de la vera donde la dejan otros.

En esa barca de tablas mal unidas, íbamos sentados en la borda, con los pies sobre ramajos que cubrían el fondo lleno de agua turbia. También

sobre ramas iban las sillas de montar, y á corta distancia de la canoa nadaban nuestras *remudas*, sujetas de las trallas.

Recueros desnudos y sumergidos en el agua hasta el pecho, arriaban sus acémilas, descargadas del fardaje de tabaco, amontonado en lo seco, para transportarlo en la canoa.

Orillas del navazo, se hundían unos borricos apesgados por la carga, casi desaparecían en el légamo, y otros se enredaban entre los arbustos y lianas inextricables.

Fuera de la laguna, montamos otra vez, y nuestras caballerías guachapeaban al andar, solían hundirse en el fango hasta las sínchas, no podían sacar los cascos, y en sus esfuerzos por caminar en aquel suelo movedizo que se abría á sus pisadas, caían repetidas veces. Entonces la emprendíamos á pie, largos trechos, empecinándonos hasta los muslos, batiendo con las botas el agua cenagosa, y necesitando de asirnos de los álaves, para no sepultarnos en la ciénega.

Las tierras bajas y alagadizas que desde ese lapchar se extienden hasta la hacienda de Navarrete, se habían empantanado. El fangal del camino parecía regado de flores: en diseminados grupos se posaban en él familias de mariposas blancas, amarillas leonadas, verdinas, azulencas, grises y negras con manchas rojas, levantábanse á nuestro paso, revoloteaban en torno de nosotros, iban de aquí para allá, como pétalos que arrancara el viento y arrebatará en todas direcciones, y volvían á for-

mar grupos en el lodo. Entre aquella floración policroma brillaba el glauco esmalte de los escarabajos peloteros, que hacían rodar bolitas de húmeda estercoladura, y las cigarras desde los árboles llenaban el campo con el retíñir sonoro y agudo de sus vibrantes cuerdas bucales.

En las vargas de la cuesta de dos leguas que conduce de Navarrete á El Espino, contemplé el grandioso panorama del dilatadísimo valle de Ixcuintla. Al subir, llevamos á la vista montañas que se elevan unas sobre otras, cubiertas de bosques apiñados, cuya tupida frondosidad ondula por cimas y laderas y se pliega en las barrancas. Volvemos la vista hacia atrás, y en la profundidad se hace la llanada: á la derecha se levanta y avanza hasta perderse de vista, la cordillera de El Nayarit; nombre allí de la Sierra Madre, á la izquierda azulea el océano Pacifico, y entre uno y otro apartado término se dilata de esnoreste á oesuroeste la ubérrima costa, deslumbrante de lozanía y de esplendor, sin límite hacia el noroeste, donde anfractuosidades que no se perciben á tanta distancia, separan ese valle del de Acaponeta, allende el río de Rosamorada. Hermoso colorido el de la inmensidad del espacio que se abre á nuestros ojos, y el de la tierra que se extiende al pie del recuesto. La feracidad de las montañas y de la planicie, la serenidad del cielo y del mar ofrecen á la vista el paisaje más ameno y dulce. Volvíme varias veces á mirar esos cinco mil quinientos kilómetros cuadrados de superficie verde, en la que se combinan

los más vivos matices con los tonos más apacibles, y me detuve absorto en la admiración de aquella magnificencia salvaje é imponente.

Albean en el azul del Grande Océano, el peñón que se levanta frente á la barra de San Blas, y cerca de la ribera el alciónio de las rompientes. Hacia el centro del valle relumbra á trechos la corriente del caudaloso río Grande, figurando lagos entre la verdura, y aparece más allá, al pie de altozano diminuto, el oscuro arbolado del caserío de Santiago Ixcuintla. ¡Hermoso rincón de occidente! Allí está mi nuevo hogar, oculto entre los árboles, cuyo sitio desde tan lejos adivino: alegre casita verdegay, con rojo tejado, fresco ándito y espacioso huerto de ciruelos, guayabos, plátanos y limoneros, en cuyos alcorques el fledón y los gorriónes tienen su bebedero, y en cuyas ramas ensayan los guachos el primer gorgéo y el fatigoso vuelo.

A mayor distancia, el cerrejón de La Punta me indica el sitio por donde corre el río de San Pedro, y donde se asienta el lugarejo de El Vado, y me recuerda nuestro reciente viaje á Rosamorada, por la noche, á todo correr de la diligencia y á todo charlar de *Duralís*, á traves de aquella planicie, escueta y oscura entonces, que se ensanchaba hasta el río, como un mar sin movimiento, y á cuyo límite occidental persistía aún á las diez, el fulgor blanquísimo de la puesta del sol. Entró la diligencia en el cauce pedregoso del río, seco en parte, y, á poco rodar, se hundió hasta las masas en la co-

riente, desapareciendo en el agua las cuñas de la palanca, puestas adelante de las grandes ruedas y debajo de los estribos. En el hondo de las aguas, al parecer inmóviles, se retrataban las estrellas, los árboles y el cerro de San Pedro ó La Punta, que á la izquierda del camino se levanta, y parecía negra esfinge, ó la silueta de monstruo echado en reposo ó en acechanza.

Así, deteniéndome á ver el valle, ávido de contemplar aquel paraíso lleno de abundancia y de tranquilidad, y buscando por su extensión anchísima los sitios conocidos y amados, fuí venciendo cuestras y doblando recuencos hasta la anochecida... ..

El sueño azas profundo de cuatro horas, en una cabaña de El Trapichillo, me repuso de la fatigosa jornada por los llamazares de El Aguacaliente, Santa y La Soledad, y por las prolongadas cuestras que suben desde Navarrete hasta aquel cortijo. Cerca de las dos de la mañana, hice ensillar mi *remuda*, y tomé á su trote por los lomeríos de La Barranca Blanca, La Fortuna y Lo de Lamedo, por sus cañadas llenas de la frondosidad y de la sombra de sus platanares, y de los murmullos de sus cristalinas corrientes. Era una noche clarísima de plenilunio, tras nebuloso día del mes de julio: brillantaba la luna la crecida y húmeda frondescencia de las montañas, y se retrataba el cielo en los lagunajos del camino, donde croajaban las ranas con su hueco ruido de carracas.

Llegué á Tepic al momento que llenaba el ámbi-

to de la dormida ciudad la primera campanada, grave, sonora é imponente del toque de alba, que llama á los mortales á las agitaciones del día. Pasó por enfrente de su solitaria alameda, lóbrega con sus esbeltos y copudos fresnos, circuida de largo enverjado sobre alto zócalo, al pie y á corta distancia, al parecer, del cerro de San Juan, que cierra aquel sombrío paisaje; y crucé por muchas calles de la población, mitad en sombra, mitad en la claridad de la luna, largas, torcidas, centenarias, deslavadas por los aguaceros, invadidas á trechos por crecida hierba moradora de la soledad, y compañera de las ruinas, y desmonté á la puerta del «Hotel de la Bola de Oro,» encima de la cual relucía, suspendida de una varilla de hierro clavada en la pared, una esfera de vidrio dorado.



II

A las ocho me encaminé á La Cruz. Era una mañana serena y diáfana, y resplandecían con alegres tintes el cielo, las cumbres distantes y aún los vetustos colores de la ciudad, avivados con las lluvias. Tomé hacia el sur por la calle de Veracruz, para salir á la principal de las avenidas que, desde los alijares hasta el atrio de la iglesia se prolongan un kilómetro, formadas de higueros, añosos algunos, y de corpulencia y frondosidad extraordinarias: sus ramas son del grueso de troncos comunes, son otros árboles reunidos en uno solo, y las más bajas se prolongan casi horizontalmente, dilatando la sombra del follaje por la anchura de dos avenidas. Corren éstas entre hueros, detrás de cuyas tapias se levantan bananeros, higuierillas, ahuacates y fresnos, y á lo lejos sobresale á la derecha el cerro de San Juan, y á la izquierda El Zangangüey.

La puerta del costado del templo, la que ve al atrio y á las avenidas, estaba cerrada, y entré por la principal.

Es la nave de medianas proporciones, y forman su sencilla crucería cinco bóvedas ojivales que descansan en arcos empuntados. Penetra en ella la luz del sol al través de vidrios rojos, amarillos blancos y azules, por góticas ventanas abiertas en el esviaje de las bóvedas, y una en el coro. El templo es cruciforme, y tiene cinco altares: uno en el presbiterio, bajo del ábside, donde se venera á la Purísima Concepción, cuya venusta imágen se hallaba fuera del baldaguino, en un altar portátil, del lado del evangelio; y los demás en los crueros, dos dedicados también á Nuestra Señora, en sus advocaciones del Refugio y del Tránsito.

A lo largo de la nave, sobre pequeñas columnas verdes, de cerámica, había tiestos de ocimos, fucias, margaritas é hipéricos, y de las bóvedas, de los arcos y de las cornisas colgaban en ondas y se entrecruzaban guías de yedras de papel: bajaban en espiras por las columnas de los altares, se enredaban en los candeleros, en las velas, y recubrían el blanco dosel de cortinas glaseadas, donde, adelante de argentado resplandor, se destacaba la estatua de María Santísima.

Encontré muy agradables el templo y sus adornos de flores; pero lo admirable, la obra divina, el milagro, la Santa Cruz ¿dónde está? Me interrogaba yo después de buscar en vano su recinto sagrado por el presbiterio, en el que suponía la en-

trada, pues había leído que á él daba la verja, y se veía la Cruz desde el altar mayor; más recordé que esta colocación se describe en narraciones anteriores á la ampliación del templo, en la que sin duda se mudó á otro lugar el presbiterio, y que así el P. Francisco Javier Alegre, en su Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España (lib. II cap. 10^o), como el Lic. Mota Padilla en su Historia de la Conquista de la Provincia de la Nueva Galicia (Tom. I. Cap. XXXVI.), colocan el lugar de la Cruz cerca del presbiterio.

Busqué por el resto de la nave la solana donde florece perpetuamente la Cruz, y más allá de la puerta del costado la ví cerrada por fuerte verja, sujeta con una cadena de hierro, cuyos extremos torces une un candado. En dos altos candeleros colocados en el suelo, junto á la verja, había dos velas apagadas. Me acerqué á mirar la milagrosa Cruz, bañada ya por el sol de la mañana, que inundaba aquel espacio.

Encuétrase en el suelo de un patín cuadrilongo, sin solado, que forman una parte del muro de la iglesia, que da al atrio, y tres paredes de menor elevación, enjalbegadas y blancas, recorridas en la altura por una balastrada blanca también. Detrás de la pared frontera á la verja, sobresalen la cima de un naranjo del jardinillo y la copa de uno de los fresnos que se alzan fuera del atrio.

A corta distancia de la verja termina la Cruz de grama y plantas silvestres, de especies no conocidas en aquellos campos, al decir del P. Antonio

Covarrubias, lozanas hace quién sabe cuantos siglos, y en flor algunas, con menudos pétalos lilas. Toca con la parte superior en la pared del fondo, y con los brazos en las laterales. Un lirio muy hojoso crece en el quiasmo, otro al pie y uno fuera de cada brazo. El tronco no tiene ya ni el tarjón ó rótulo de tres varas de largo, ni la peana de tres y cuarta, descritos en las antiguas relaciones, y dibujados en las primitivas imágenes de aquella Santa Cruz.

Según medidas que tomó aquel jesuíta hace más de doscientos cincuenta años, era de ocho varas una octava de longitud del tronco, de cuatro varas seis octavas la de los brazos, y su anchura de vara y media cabal. En el siglo XVIII, el cura ministro de la doctrina de Jalisco y Tepic, describiendo la Cruz por orden del provincial de Guadalajara, á instancias del historiador Mota Padilla, refirió que la longitud de la Cruz era de cinco varas una sesma, y la forma de la peana semicircular. Yo creo que la longitud de los brazos es al presente la misma que les daba el P. Covarrubias, pero mayor la del tronco, debido acaso á que forman parte de él los que antes eran tarjón y peana. No medí la Cruz, porque á la hora de mi visita al santuario el capellán estaba en Tepic, y él guarda la llave del candado con que está cerrada la verja; pero lo induzco de que los brazos tienen de largo la anchura del patio, la que es de cinco varas y media, y siendo de diez y media la longitud de éste, el tronco, algo menor, tiene cerca de diez varas. La an-

chura del tronco y brazos tampoco ha cambiado en el decurso de los siglos; sensiblemente es de vara y media.

No se advierte á la simple vista, si la tierra donde arraiga el eternamente lozano herbazal de la Cruz, sobresale del piso seis dedos, ni si es tan suave, mullida y porosa, que á la menor presión cede, como refiere la descripción del siglo XVIII. La hierba que forma la Cruz no tiene media vara de alta, aunque suele crecer á esa altura; pero se le poda con frecuencia, para dar hacecillos á los fieles. Antiguamente se sacaba tierra del lugar ocupado por la Cruz, se hacían panecitos en que se grababa su imagen, y se daban como reliquia á los devotos. Cuando la visitó el P. Covarrubias, se había sacado tanta tierra—*escribe—que se podían formar muchos montones mayores que el santuario, y nunca ha padecido disminución ni la tierra, ni la yerba, ni la forma de la Santa Cruz.*

Recién descubierta se practicaron excavaciones en busca de lo que estuviera enterrado debajo de la Cruz; pero nada se halló, y sola volvió á formarse la Cruz. En varias épocas se le ha cubierto con techo, y se ha tenido que destecharla, porque se marchitaban las yerbas de que está formada, «indicándonos así—observa Covarrubias—que todo su ser y verdor es del cielo, y que sólo merece ser su techumbre el cielo.»

¿Cuándo se formó esa Cruz? No se tiene memoria. Refiere la tradición que la descubrió un muchacho yegüero, que conducía por aquel campo su

manada. Repentinamente se pararon las yeguas, y el mozo les gritaba y las azotaba para que siguieran caminando; pero no avanzaban. Entonces buscó por las inmediaciones del paraje si había en acecho alguna fiera, y advirtió que entre las tupidas yerbas silvestres se destacaba una Cruz de verdor diferente del de la campiña. Acercóse á mirarla, se retiraba, iba para un rumbo, volvía á otro, y de todas partes veía bien distinta y delineada en las yerbas, la muy perfecta imagen de la Cruz. «en la que—y copió otra vez al P. Cobarrubias—todo está excelentemente formado y cantoneado los remates con mucha hermosura.»

Comunicó el pastorcillo su descubrimiento á las gentes que habitaban en las cercanías, y fueron á ver la Cruz; más de pronto no le dieron importancia, atribuyendo su formación á la mano de alguna persona, ó á la casualidad; y sólo en mayo del año siguiente, cuando notaron que los hielos del invierno y la sequía del entretiempo agostaron el campo, y la Cruz permaneció lozana y fresca, la cercaron de ramas y troncos primero, y después con albarrada, para que no la maltratasen los animales. Transeurrieron más de treinta años, y al pié de la Cruz que conservaba sin riego ni cultivo su verdor inmutable, se construyó una capilla á expensas de D. Antonio Fernández de la Torre, dueño del ingenio de Guimaraez, hoy Puya, quien tomó á su cargo el cuidado, la conservación de la ermita y el sostenimiento del culto. Era ésta «pequeña, pero aseada» dice Cobarrubias, y la solana

de la Cruz se abría en el presbiterio.

El santuario en que hoy se venera ese prodigio, es alegre, lleno de luz y de colores que brillan por todas partes, en sus vidrieras iriscentes, en sus muros y bóvedas flavos, en sus arcadas, cornisas y columnas blancas, en sus altares dorados, en el tilla-do nuevo y en las mil entrelazadas hiedras de violáceas y rosadas campanillas. No es la iglesia sombría y melancólica, como el austero cenobio á que perteneciera, contiguo á ella, y convertido primero en cuartel y ahora en hospital militar; no es ya la iglesia conventual, en cuyos lóculos haya estatuas ceñudas y severas, de obscura veste y rostro macilento y entristecido, y cuyo hieron resuene con la solemne salmodia de los franciscanos; con su predicación elocuente y unciosa, que enciende en ardores de caridad y anhelos de mortificación; con el llanto de los pecadores contritos y el disciplinero nocturno de las cuentras maceraciones. Es la iglesita de aldea, adornada como para la festividad del nacimiento del Niño Dios, donde coros de pastorcillos van á entonar villancicos, al son del armonium que ví abierto á la derecha de la puerta mayor, á soplar pitos de agua y agitar en alto panderos y castañuelas. Todo en su recinto es vivo, brillante y regocijado.

Las tradiciones cuyo misterio lo envuelve, hacen más poético el santuario, y más reverenciada su portentosa Cruz de yerba inmarcesible. En otro tiempo, la víspera del día de San Matías apóstol, el repique de sus sonoras campanas despertaba á

la comarca poco después de media noche; por los góticos ventanales se veía inundado de luz, y las armonías del órgano se oían algunas millas en contorno; pero acercándose las gentes al templo, desaparecía su claridad interior, cesaban los repiques, enmudecía el órgano, y encontraban la nave solitaria, silenciosa y oscura, y las campanas guardadas bajo de llave, como era de costumbre antigua dejarlas todo el año, excepto la víspera de la Invencción de la Santa Cruz: mas el ornamento y el cáliz, que también habían quedado así en una caja, de donde no se sacaban sino para decirse la misa de cada viernes, se hallaban sobre del ara, y del pie del altar partía un reguero de sangre, salía de la iglesia y se prolongaba hasta la montaña. Era vestigio del santo apóstol y mártir Matías, de quién la tradición ha creído que predicó la fé cristiana en aquellas regiones, y dejó estampados sus pies desnudos en un arrecife de la costa de Chacala, y en tres piedras recogidas en el camino, cerca de Jalisco, y colocadas, una en el bautisterio de ese pueblo, otra en la capilla de Dolores de la catedral de Tepic, y la tercera llevada por el P. Guerra, compañero del venerable Margil de Jesús, hasta el convento de Guadalupe de Zacatecas; así como ha creído también que al cuerpo desangrado del apóstol se dió sepultura en el lugar donde apareció y se conserva la Cruz.

Tal estaba de alegre el santuario aquella mañana, engalanado con sus adornos sencillos y rústicos, para la festividad de Nuestra Señora del Refu-

gio; causome impresión tan agradable, que debe ser muy semejante á la de quien hubiese asistido á los divinos oficios de la madrugada, iluminado el templo con luz del empíreo, resonando con angélicas músicas é inundado con deleitosos perfumes.

Todo es bello en torno de aquella Cruz prodigiosa y admirable: el santuario de mil colores frescos; el anchuroso patio del vetusto claústro, donde se abre la puerta principal, sombreado por añosos cedros, mangos y fresnos; el jardinillo del atrio, donde se abre la puerta del costado, y se levantan los blancos muros que encierran la Cruz; las avenidas de higueros centenarios; los huertos boscosos que las limitan, cuyas paredillas están coronadas de *conchalaagua*; la gramosa pradera, en cuyo centro se hace una loma, donde campea el esbelto kiosco en que toca la música en las tardes de paseo, y en torno del cual corre un andén circuido de bancos de hierro; las montañas majestuosas, y el firmamento azulita.

Armonías, claridades, perfumes del cielo dejaron impregnado con la poesía de lo misterioso, de lo intáctil, de lo eterno, aquel lugar santificado con un milagro, reverenciado hace tres siglos, preservado por la fé de diez generaciones, amado é inmortalizado.

